

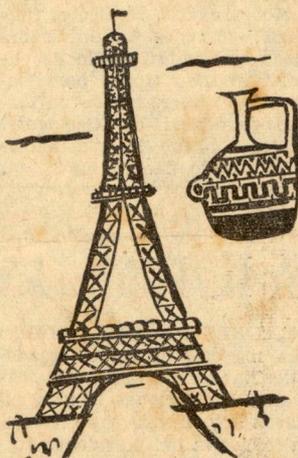
“Los Tesoros del Perú”, Revelación

por *Sebastián Salazar Bondy*

Cuando se estaba planeando y organizando la exposición de arte peruano en París, abundaban los escépticos, los que llevados por su irremediable derrotismo y su macizo complejo de inferioridad fruncían el entrecejo como queriendo expresar que era imposible que los franceses y los europeos se interesaran por esas antiquísimas expresiones de la creación artística peruana. Claro que en ello mezclaban su odiosidad política al régimen actual y su desagrado hacia las personas que habían tenido la iniciativa de realizar dicha exposición y a las que la llevaban a cabo. Confundían tales detractores —que sobre todo usaron las columnas periodísticas para lanzar sus diatribas en contra del proyecto— el Perú con el régimen que pasajeramente lo gobierna. El cronista quiere reivindicar para sí el modestísimo mérito de no haber participado de tan mezquina posición y de haber dicho, no obstante su personal actitud de oposición al gobierno actual, hasta qué punto era importante aquella muestra.

La acogida del periodismo francés y europeo, así como la del inmenso público parisiense, a ese panorama del Perú histórico ha demostrado ampliamente que nuestra patria posee signos tradicionales que la singularizan en el concierto mundial y que inclusive pueden sorprender a la mente occidental, tan remisa como es a aceptar todo aquello que no se adecúa a los esquemas que ha creado para juzgar al hombre y a su obra. Sabía el cronista que la mayoría de las piezas de cerámica, arte textil, orfebrería y arquitectura prehispánicas dejaría boquiabiertos a los del viejo mundo, y que muchas cosas de los periodos colonial y republicano, así como de pro-

ducción popular presente, llamarían la atención aun de los menos indulgentes críticos de esas latitudes. “Los Tesoros del Perú” —tal ha sido el nombre de la exposición en el Petit Palais de París que acaba de clausurar— ha constituido el éxito artístico del año en Francia. Los diarios y las revistas han dado amplia información y han publicado agudos comentarios al respecto, y aun llegan de Ita-



lia, Suecia, Inglaterra, España y otros países del continente recortes con alusiones admirativas al conjunto. Hacer una antología de todo ese material impreso sería ocioso además de extenso.

Claro que lo que más suscitó el interés de los espectadores fueron las cosas de los indios, esas que tanto mortifican a los que creen que hay que ocultar esa parte esencial de nuestro ser nacional para reemplazarla por el rostro occidental o moderno, por más que no lo quieran, artificioso y positivo. Y ese interés no estuvo inspirado por un afán meramente exotista, pues la mayor

parte de los juicios vertidos sobre las piezas prehispánicas han señalado los valores estéticos universales que ellas poseen, su calidad ejemplar puesta al mismo nivel que las de las creaciones de culturas como la griega o las más significativas del Oriente. El hombre europeo ha mirado tales obras sin prejuicio, como frutos de una vocación poética que la mayoría de los peruanos, formados en la escuela desarraigante en donde pasamos nuestros años decisivos, no aprendemos a apreciar. ¿Los libros de texto, acaso, no nos dicen reiteradamente que la perfección se alcanzó en Atenas, Roma o Florencia, sin siquiera mencionar la armonía monumental de Machu-Picchu, la gracia estilística de un huaco Nazca, la riqueza cromática y formal de un motivo de Paracas?

Sin duda alguna, y precisamente por eso, es necesario pedir que “Los Tesoros del Perú” se muestren en Lima en la misma forma en que fueron presentados en París. Y que ello sirva para llenar el vacío que en su cultura tienen los mayores y acercar a los niños a ese vasto patrimonio espiritual del que son lamentablemente ajenos. Que aproveche, en fin, poner en contacto al país de hoy con el país de ayer, de siempre, que persiste en las maravillas de los artesanos de los tiempos precolombinos, en los trazos del pincel del pintor cuzqueño, en las modestas y bellas obras de los buriladores y alfareros del presente, en las creaciones de los hombres de todas las épocas. Ello será educar, realizar un esfuerzo más en esa campaña por conocernos a nosotros mismos y así aproximarnos a nuestro destino.